
RAFFAELE SIMONE

LA TERCERA FASE
FORMAS DE SABER
QUE ESTAMOS PERDIENDO

Traducción de Susana Gómez López

TAURUS

PENSAMIENTO

Título original: *La Tercera Fase*

© 2000, Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari.

La edición en lengua española ha sido contratada a través de la Agencia Literaria Eulama.

© De esta edición:

Grupo Santillana de Ediciones, S. A., 2001

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono (91) 744 90 60

Telefax (91) 744 92 24

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Beazley, 3860. 1437 Buenos Aires

• Editorial Santillana, S. A. de C. V.

Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,

México, D.F. C. P. 03100

• Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Calle 80, n.º 10-23

Teléfono: 635 12 00

Santafé de Bogotá, Colombia

Diseño de cubierta: Pep Carrió y Sonia Sánchez

Retoque digital: Amador Caballero

ISBN: 84-306-0417-0

Dep. Legal: M-47.014-2000

Printed in Spain - Impreso en España

cultura Libre

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

PREFACIO. LA TERCERA FASE	9
I. EL ORDEN DE LOS SENTIDOS	19
1. ¿Sordo o ciego?	19
2. Los sentidos y el alma	22
3. Un replanteamiento ilustrado	24
4. Dos modelos frente a frente	31
5. Un cambio en los modelos de inteligencia ...	37
II. DESTINOS DEL HABLA	45
1. ¿Qué quiere decir “verbal”?	45
2. Una breve historia natural	46
3. Dudas sobre la eficacia del habla	52
4. Ambivalencia del habla	59
5. ¿Renacimiento del habla?	63
III. INTERCAMBIAR Y RECORDAR CONOCIMIENTOS	67
1. Premisa	67
2. Conocimientos en las sociedades tradicionales	71
3. La sociedad de la Tercera Fase	78
4. La explosión del <i>software</i>	81
5. La escuela, un lugar especial	83
IV. POR QUÉ MIRAR ES MÁS FÁCIL QUE LEER	87
1. ¿“ <i>Homo videns</i> ”?	87

2. Dos tipos de inteligencia	89
3. Siete rasgos	91
Apéndice. Comparación de estructuras textuales	101
V. ¿QUÉ LE SUCEDERÁ AL CUERPO DEL TEXTO?	115
1. El libro y su huésped	115
2. Presupuestos del término "texto"	117
3. La idea de texto cerrado no es algo primitivo	123
4. Intermedio medieval	128
5. Copia e interpolación	131
6. El futuro	137
VI. LA LUCIDEZ Y LA FUSIÓN	141
1. Un fenómeno vago	141
2. Proposicional y no-proposicional	146
3. Dos tipos de cultura	153
4. Las generaciones de la Gran Fusión	155
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	159
ÍNDICE ONOMÁSTICO	163

A Emilia, Giovanni y Silvia, mi familia

¿Dónde está la sabiduría que
hemos perdido con el conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento que
hemos perdido con la información?

THOMAS STEARNS ELIOT

PREFACIO
LA TERCERA FASE

Este libro es fruto de la sensación de que estamos entrando en una nueva fase de una historia extraordinariamente importante: la historia del conocer, que tendría que describir cómo se crean y elaboran nuestros conocimientos, nuestras ideas y nuestras informaciones. Me parece que entre las muchas historias que se escriben no hay ninguna dedicada a un tema tan importante, y es una pena, especialmente porque (como se intenta mostrar en este libro) nos hallamos en medio de grandes cambios de los que quizá no tenemos una imagen demasiado clara.

En efecto, tengo muchos motivos para estar convencido de que nos encontramos en una “Tercera Fase” (más adelante explicaré cuáles son la Primera y la Segunda) de la historia del modo en que se forman los conocimientos de la especie humana y se alimenta el patrimonio de su saber. Naturalmente, con *saber* no me refiero sólo al de los intelectuales o al de los científicos; me refiero, más en general, a *todas las formas de conocimiento* de que disponemos y que usamos en la vida cotidiana espontáneamente. Por este motivo, una modificación profunda en el proceso de formación de los conocimientos

no es un tema académico, sino una cuestión que atañe a la vida de todos (por ejemplo, por qué influye en las opiniones y decisiones que tomamos cada uno de nosotros).

No es la primera vez en la historia del hombre que se produce un cambio importante en el modo de formación de los conocimientos. Hasta hoy, en este campo han tenido lugar por lo menos dos Grandes Fases. La Primera Fase coincidió con el invento de la escritura, que permitió fijar con signos escritos las informaciones en un soporte estable, liberando a la memoria individual y colectiva del peso de una enorme cantidad de datos que, hasta entonces, tenían que ser registrados en la mente. La conciencia de la importancia de este cambio debió de ser dramática, pues el origen de esa fase estimuló hasta los análisis de Platón, que en el *Fedro* dedicó detalladas reflexiones a las ventajas y desventajas de la escritura. (Veremos algunos aspectos acerca de ellas en el capítulo 5.)

La Segunda Fase comenzó veinte siglos después con el invento de la imprenta, la “revolución inadvertida” (como la llamó Elizabeth Eisenstein en un famoso trabajo: Eisenstein, 1979), la cual hizo del libro, hasta entonces carísimo e irreproducible, un bien de bajo precio y casi popular, que permitía a un público vastísimo el acercamiento a textos que hasta entonces sólo podía oír contar oralmente. Este descubrimiento modificó profundamente diferentes aspectos de la vida cultural y social, como Eisenstein mostró detalladamente. Dada la importancia revolucionaria que adquirió, el libro ha sido durante muchos siglos, y sigue siéndolo, una especie de símbolo del conocimiento y de la cultura.

A pesar de sus aparentes diferencias, estas dos Grandes Fases tienen un aspecto en común. Las transformaciones que conllevaron influyeron en las dos caras de una misma operación: escribir y leer. Esta operación, que hoy nos parece obvia y natural, no les pareció tal a los filósofos clásicos: ellos se daban cuenta mucho mejor que nosotros de que, para la formación y conservación de los conocimientos, escribir y leer eran capitales. A principios del siglo XVII, es decir, más de un siglo después del invento de la imprenta, Bacon dedicó páginas memorables del *De dignitate et augmentis scientiarum* al poder de la escritura como medio de conservación del saber. Su análisis está inspirado en una preocupación que nosotros hoy ya no sentimos: los conocimientos son un patrimonio frágil, delicado, siempre expuesto al riesgo de perderse. Son, en el fondo, un monumento hecho de nada: papel, caracteres, recuerdos. Por esto a Bacon le parecía urgente encontrar una forma eficaz de almacenarlo y salvarlo de la ruina, de darle, en fin, aquello que intrínsecamente le faltaba: la estabilidad. Según él, eran precisamente la escritura y la lectura las que habían creado dicha estabilidad, permitiendo a millones de personas acceder a cosas pensadas por otros inmensamente lejanos en el tiempo y el espacio.

Hoy día tenemos la impresión de que los conocimientos están más a salvo. Es verdad que de vez en cuando se lanzan profecías sobre la corruptibilidad del papel de los libros (que dentro de algunas décadas podría convertirse en polvo, transformando las bibliotecas en gigantescos amasijos de arena), y sobre el riesgo de que los soportes magnéticos que conservan los datos en los

ordenadores puedan desmagnetizarse y encontrarse, como por arte de magia, vírgenes. Pero a fin de cuentas ninguno de nosotros cree realmente que estos riesgos sean reales.

Nuestra seguridad nos ha hecho olvidar el problema que preocupaba a Bacon: ¿cómo se conserva y transmite lo que sabemos? ¿El saber que se ha ido acumulando durante siglos es verdaderamente estable? ¿Lo encontraremos intacto todas las veces que lo necesitemos? La pregunta no es baladí: aunque ya casi no nos damos cuenta de ello, buena parte de las cosas que sabemos (desde las más elementales hasta las más complejas y refinadas) se las debemos precisamente al hecho de haberlas *leído* en alguna parte, donde alguien las había depositado por escrito. Y leyéndolas, sobre todo, esperamos poderlas encontrar fácilmente en el caso de que las hayamos olvidado. Basta pensar en lo que sucedería si de repente nos diésemos cuenta de que un instrumento tan banal como la guía telefónica se hubiese convertido en un montoncito de polvo...

Nuestra cultura, nuestra mentalidad, tienen, así pues, una deuda incalculable con el alfabeto (y con sus equivalentes en las diferentes lenguas). En el fondo, la historia del hombre que tiene conciencia de sí mismo coincide casi completamente con la explotación de *este solo* recurso.

Aunque las conquistas alcanzadas por el invento de la imprenta nos hayan parecido siempre permanentes e inmutables, *en un determinado momento algo ha sucedido*. En efecto, los últimos quince o veinte años del siglo XX nos han embarcado en una Tercera Fase, hasta ahora

(como es obvio) inmensamente más breve que las dos anteriores, pero no por ello menos importante. De momento, se ha producido un drástico cambio cuantitativo: hoy día, la cantidad de cosas que sabemos porque las hemos leído en alguna parte es *mucho menor* que hace treinta años. Sabemos muchísimas cosas que en realidad nunca hemos leído en ninguna parte, y mucho menos en los libros: las hemos podido simplemente “ver” —en la televisión, en el cine, en un periódico o en uno de los numerosos soportes impresos que existen en la actualidad— o quizá las hayamos “leído” con una forma especial de lectura en la pantalla de un ordenador. También las hemos podido “escuchar”, y no de viva voz de nadie, sino en una radio, o más probablemente a través de un amplificador (quizá implantado en nuestras orejas y conectado a un *walkman*) que difunde señales “leídas” en un soporte de cualquier naturaleza (un disquete, una cinta magnética).

Como consecuencia de todo ello, en la actualidad el sentido mismo de la palabra *leer* es mucho más amplio que hace veinte años: ya no se leen sólo cosas escritas. Es más, la lectura de cosas escritas en el sentido usual del término no es ni el único ni el principal canal que utilizamos para adquirir conocimiento e información.

También aquí se está perfilando un cambio, en un primer momento inadvertido, después consciente de sí mismo, y en algunos casos hasta descarado. Una vez más, según una vieja regla, este cambio está teniendo efectos profundos no sólo en el contenido de los conocimientos, sino en el modo en que éstos están organizados, en su forma. En efecto, es sabido que el medio que utiliza un mensaje acaba rápidamente por influir

en la naturaleza misma del mensaje. Algunos han observado, por ejemplo, que la escritura nos permite expresar un saber más articulado, más refinado, más complejo —quizá porque activa una forma específica de funcionamiento de la inteligencia—. Hasta es posible que dicha complejidad y sutileza haya sido precisamente *creada* por la escritura, por una especie de extraordinario círculo virtuoso. El último efecto, el más profundo, se ha producido en las operaciones de la mente, que no permanece insensible a los cambios de contexto tecnológico.

Como consecuencia de ello, los tipos de conocimientos que circulan en la actualidad, en la Tercera Fase, están menos articulados y son menos sutiles, y es más, hasta pueden prescindir de su apoyo en formulaciones verbales. Este hecho ha llevado a algunos a mantener que, en el paso del siglo XX al XXI, se ha producido una degradación cualitativa del saber general, mientras que quizá sólo haya cambiado su naturaleza.

El paso de una a otra de las Grandes Fases de la historia del conocimiento ha sido producido por fenómenos de dos distintas categorías: uno técnico y otro mental. El fenómeno *técnico* consiste en el hecho de que se inventan continuamente “instrumentos” materiales nuevos vinculados con el conocimiento: primero el estilo y la pluma, después la imprenta, en la actualidad el ordenador y los *media*. El mental, en cambio, está constituido por el paso, primero, de la oralidad a la escritura y, segundo, de la lectura a la “visión” y a la escucha, un tránsito que también ha producido cambios en nuestro modo de pensar.

A estos cambios se une un tercero, menos vistoso porque su sede está en la mente, pero más importante: se refiere al trabajo que nuestra mente ejerce sobre las informaciones, el modo en que las recibe y las elabora. Es posible que, con las nuevas modalidades de conocimiento, se lleguen a activar nuevos módulos o nuevas funciones de la mente; al mismo tiempo, viejos módulos y funciones, que sin darnos cuenta hemos tenido activados durante siglos, volverán a un estado de reposo, y quizá permanezcan así para siempre.

¿Cuál es el motor de esta Tercera Fase de la historia del conocimiento? Se pueden dar dos respuestas. La primera, muy simple, es la siguiente: los motores del cambio son la televisión y el ordenador, con todos los efectos que han tenido en la sociedad y con los desarrollos tecnológicos que han producido.

No olvidemos que la televisión nació bajo la etiqueta (quizá falsa desde el principio) de “electrodoméstico amable”, instrumento de puro entretenimiento. Pero hoy se ha quitado la máscara y se muestra tal como es: para bien y para mal, la más formidable escuela de pensamiento (alguno, como Sartori, 1998 [1998], habla incluso de “postpensamiento”; y Popper, 1995, la considera “un peligro para la democracia”) a la que el hombre haya jamás asistido. Hasta quien nunca ha ido al colegio o leído un libro puede absorber algún conocimiento, información u opinión de las imágenes (más que de las palabras) de la televisión. Su papel en la formación del juicio político (del que en Italia hay ejemplos recientes muy preocupantes) es el aspecto que más se está estudiando. Pero se podrían tomar en consideración muchos otros ámbitos en los

cuales la televisión ya no es un compañero de entretenimiento, sino un socio prepotente y autoritario.

Una respuesta más complicada es la siguiente: la Tercera Fase ha sido puesta en marcha por la aparición de la informática y la telemática. La televisión ha sido poco más que un objeto doméstico hasta que fue absorbida por el territorio de la informática y la telemática. Lo mismo le está sucediendo, y le sucederá cada vez más, al teléfono, otro objeto "benigno" que se ha transformado en una potentísima estación de salida hacia otros mundos. La conexión a la telemática ha hecho cambiar de naturaleza, función y significado a una serie de objetos de uso cotidiano, un tema al que este libro dedica algunas consideraciones.

Por todos estos motivos, el libro ya no es el emblema único, y quizá ni siquiera el principal, del saber y de la cultura. El ordenador (especialmente cuando está conectado a redes telemáticas), la televisión (que pronto se hará interactiva) y el teléfono (entendido como puerta hacia otros mundos), y en general los llamados medios de comunicación, representan mejor la situación actual. Mientras tanto, no hace falta insistir en ello, la idea misma de saber y de cultura ha cambiado profundamente, y tal vez ya no sabríamos bien cómo definirla.

Este libro intenta describir cómo hemos pasado de la Segunda a la Tercera Fase de la historia del conocimiento, e insiste sobre todo en las *formas de conocimiento que estamos perdiendo*. Los cambios de que trata no son irrelevantes, sino que están modificando ciertas estructuras profundas de nuestro mundo y de nuestra mente. Éste es el motivo por el que el libro toma las cosas con

una cierta distancia, intentando describir algunas etapas de una especie de historia del conocimiento y llamando la atención sobre algunos efectos que esta historia está teniendo en el mundo actual.

En primer lugar, describe una oposición que durante mucho tiempo ha puesto en dificultades a los filósofos: aquella entre las capacidades de los distintos sentidos, en especial el ojo y el oído, y el papel que cada uno de ellos tiene en la formación de conocimientos (capítulo 1). Después pasa (en el capítulo 2) a reflexionar sobre una forma elemental de comunicación, el habla y la voz, sugiriendo que la comunicación hablada, en la que hemos vivido durante siglos, se encuentra actualmente en un momento de cambio de dirección. Describe después algunas modificaciones en la forma de acumular e intercambiar conocimientos (capítulo 3).

Los capítulos 4 y 5 están dedicados, desde diferentes puntos de vista, a algunos problemas ligados a uno de los grandes emblemas del conocimiento, el libro, el cual cede cada vez más terreno a otros canales (en primer lugar, el representado por la acción de "mirar"). Al intento de explicar por qué "mirar los textos" por imágenes es más simple que leerlos sigue una previsión (fundada en argumentos tomados del pasado de nuestra cultura) de lo que podrá suceder al "cuerpo" del texto escrito. El capítulo 6 alude, de forma todavía incierta, a un cambio de modalidad del lenguaje, que está desplazando el acento desde formas estructuradas y precisas a formas genéricas y desestructuradas.

Mientras describo el declive de formas de conocimiento que ingenuamente hemos considerado destina-

das a durar eternamente, admito que no soy capaz de predecir, excepto con alusiones aisladas, cuáles son las que se están creando. Por lo demás, las innovaciones y los cambios que están serpenteando son tan numerosos que las mejores previsiones sólo las puede hacer un profeta. Alguno lo ha intentado; yo no me atrevo a tanto.

Creo que, mientras tanto, puede ser saludable darse cuenta, quizá con la ayuda de las consideraciones que he recogido aquí, de que algunas formas de conocimiento ya las hemos perdido: hay muchas cosas en la actividad de conocer que ya no hacemos, otras que ya no sabríamos cómo hacer. Pero, bien mirado, hay muchas cosas que antes eran verdaderamente inimaginables y que ahora se han hecho de improviso fáciles y naturales. Será necesario entender, llegado el momento, si el saldo refleja una pérdida o una ganancia.

I EL ORDEN DE LOS SENTIDOS

I. ¿SORDO O CIEGO?

Si tuviésemos que renunciar a un sentido, ¿sería mejor ser sordos o ciegos? Es una pregunta que nos persigue desde la infancia, y a la que cada uno de nosotros habrá dado su respuesta; pero la cuestión no es ni infantil ni genérica. Pues de hecho esconde otra pregunta mucho más profunda: ¿qué sentido es el más importante para nosotros? Y por tanto, ¿qué informaciones son verdaderamente primarias para nuestra vida?¹ En efecto, cuando se comparan el ojo y el oído, no nos preguntamos sólo cómo funcionan estos órganos en la percepción. Se hace algo más: se supone que cada uno de los dos sentidos, dado que pueden percibir cosas distintas, da acceso a distintas modalidades de conocimiento e incluso a contenidos distintos de experiencia.

En la pregunta que he formulado al principio obviamente está en juego toda la cuestión del conocer y de

¹ Esta pregunta ingenua es la misma que se hacían muchos filósofos de los siglos XVII y XVIII cuando, con una especie de experimento mental, imaginaban qué sucedería en la mente de una persona sin vista, oído, etcétera. Comentaremos algunos de estos argumentos más adelante.

su importancia para la vida. No sorprende, pues, que tenga tanto interés filosófico: encontramos importantes antecedentes suyos en la historia del pensamiento, que durante siglos se ha interrogado acerca del peso de los distintos sentidos en la formación del conocimiento. Puede ser útil, por ello, reconstruir algunas de las fases de una discusión que se ha prolongado mucho, y la cual ha concluido dejándonos una oposición que también en la actualidad es rica de significado: la que existe entre los conocimientos que pasan a través del ojo y los que lo hacen a través del oído. Por lo demás, los etólogos y zoólogos distinguen, también entre los animales, entre los de “mentalidad visual” (como los primates) y los de “mentalidad olfativa” (como el gato o el perro), según el sentido que guía principalmente su conocimiento del mundo exterior. De esta forma, el hombre puede ser considerado un animal “de mentalidad visual y auditiva” (siendo mucho menos rico su olfato); con un peso distinto para cada uno de los dos sentidos, y con distintas valoraciones concedidas a cada uno de ellos a lo largo de la historia.

Precisamente con una referencia a la importancia de los distintos sentidos se abre, por ejemplo, uno de los textos cardinales de la filosofía europea, la *Metafísica* de Aristóteles². Los hombres, dice Aristóteles,

por naturaleza desean saber. Señal de ello es el amor a las sensaciones. Éstas, en efecto, son amadas por sí mismas, incluso al margen de su utilidad y más que todas las demás,

² En estas observaciones sobre el pensamiento antiguo sigo en parte a Napolitano Valditara, 1994.

las sensaciones visuales. Y es que no sólo en orden a la acción, sino cuando no vamos a actuar, preferimos la visión a todas —digámoslo— las demás. *La razón estriba en que ésta es, de las sensaciones, la que más nos hace conocer y muestra múltiples diferencias* [la cursiva es mía] (*Metafísica* 980A-B)³.

Por lo demás, ya en tiempos de Aristóteles el tema de la respectiva importancia de los diferentes sentidos no era nuevo. Heráclito había sostenido que “los ojos son testigos más exactos que los oídos” (fragmento 668)⁴, privilegiando así la atendibilidad de las informaciones adquiridas por la vista. Para Platón la vista “es la más fina de las sensaciones que, por medio del cuerpo, nos llegan” (*Fedro*, 250C-D)⁵, y la importancia del ojo resalta también en el hecho de que éste es, entre los órganos de los sentidos, “el más afín al sol” (*República*, 508B 3-4). La vista es, pues, el más “teorético de los sentidos” (Napolitano Valditara, 1994, p. 6), aquel a través del cual adquirimos más informaciones y de naturaleza más rica.

En fin, la Antigüedad identificó dos “vías regias” de la percepción, el ojo y el oído, y entre ellas estableció muy pronto una oposición y una jerarquía. Esta oposición caracteriza un tema constante de la reflexión filosófica posterior.

³ Cito por la edición española de T. Calvo Martínez, Madrid, Gredos, 1994.

⁴ Cito por la edición española de C. Eggers Lan y V. E. Juliá, Madrid, Gredos, 1978.

⁵ Cito por la edición española del *Fedro* de C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Íñigo, Madrid, Gredos, 1986.

2. LOS SENTIDOS Y EL ALMA

En la historia del pensamiento también hay una versión mística (o teológica) de la contraposición entre ojo y oído. Ésta se encuentra, por ejemplo, en la tradición platónica y después en la de los primeros cristianos, de los Padres de la Iglesia y del gnosticismo. En conjunto, estas líneas de pensamiento niegan la confianza a los sentidos del cuerpo, que consideran engañosos por naturaleza. Por este motivo a los sentidos corporales se hacen corresponder otros tantos sentidos internos, localizados quién sabe dónde, pero que son los únicos seguros⁶.

Esta oposición, en una versión de gran interés, se encuentra en san Agustín, que dedica los párrafos 28-39 del libro X de las *Confesiones* al análisis de los sentidos, en el ámbito de un análisis despiadadamente profundo del conocimiento de sí mismo, y ve en los sentidos no sólo una vía fundamental de conocimiento, sino también una incesante fuente de peligros para el alma misma.

Es una especie de versión “teológico-moral” del análisis del conocimiento, en el que éste se presenta como riesgo continuo, y en la que hay una gran alarma por “esta selva tan espesa y tan llena de asechanzas y peligros” (X 35) que son los sentidos⁷. Pero, a pesar de esta orien-

⁶ El tema ya estaba presente en Platón, que atribuía al ojo interno la capacidad de ver las entidades ideales (como las de la matemática: *Gorgias*, 508A). Sobre la importancia de la cuestión de la vista interior en la Gnosis, véase, por ejemplo, Filoramo (1987, pp. 64 y ss.).

⁷ Cito las *Confesiones* por la edición española de P. Rodríguez, Madrid, Alianza, 1990. En san Agustín este aspecto se salda con una general desconfianza respecto a la actividad semiótica. Sobre este tema véase Simone, 1969.

tación esencialmente moral, los análisis de san Agustín contienen algunas observaciones que nos pueden resultar útiles para reconstruir la oposición de la que estamos tratando.

El oído es el canal a través del cual entran más estímulos, y los más peligrosos: el peligro reside esencialmente en que el oído puede ceder al placer de la música, perdiendo el sentido de las palabras. “Cuando me siento más emocionado por el canto que por las cosas que se cantan, entonces confieso que pecho en ello y que merezco castigo y que querría no oír cantar” (X 33).

También el ojo tiene sus riesgos, porque “la vista, [aunque sea] el primero entre los sentidos del conocimiento”, es una de las vías principales de acceso a la belleza de las formas. La importancia de la vista es tal que “usamos esta palabra referida a los demás sentidos cuando nos servimos de ella para conocer” (X 35): *ver* significa también, por ejemplo, “entender”, “sentir”, “oír”.

En algunas versiones de esta oposición se distingue entonces entre dos diferentes vías de sentido: una externa, corporal, y otra interna, del alma. Tenemos así dos ojos distintos: el externo (del cuerpo), que ve las cosas de forma analítica e irremediamente aproximativa, y el interno (del alma), que las capta todas de golpe, en un conocimiento fulmíneo y hasta visionario. De la misma forma tendremos un oído corpóreo y otro interno. Este último es el único verdadero, dado que es el único capaz de captar la voz incorpórea de la conciencia.

3. UN REPLANTEAMIENTO ILUSTRADO

El examen de la relación de la vista con el oído reaparece en los siglos XVII y XVIII. Ver es el fundamento de algunas importantes innovaciones del gran siglo de la ciencia: en la exaltación de la vista se apoya, por ejemplo, el renacimiento de la geometría, y sobre todo el redescubrimiento del conocimiento empírico del que trata la Nueva Ciencia del siglo XVII. Es más, ésta es, sobre todo, ciencia del ver y de la vista: no es una casualidad que se trate de una ciencia que cuenta precisamente con la agudización de la capacidad de ver hecha posible por los nuevos medios de observación (como el telescopio y el microscopio: Rossi, 1995 [1997], pp. 58 y ss.), que permiten enfocar la mirada a cosas infinitamente grandes o infinitamente pequeñas, hasta entonces completamente inalcanzables. Con el invento y el perfeccionamiento del microscopio, “se abría ante los ojos un mundo nuevo e inesperado de minerales y de tejidos orgánicos estructurados en formas diversas, un mundo poblado por seres vivos invisibles al ojo humano” (Rossi, 1995 [1997], p. 62).

También en el ámbito de la Ilustración se desarrolla una discusión imponente sobre la naturaleza de los sentidos y la aportación que cada uno de ellos da a la formación del conocimiento. El cuadro en el que ésta se enciende está formado por dos exigencias: por un lado la intensa elaboración de nuevas teorías del conocimiento, por otro el intento de definir la naturaleza y la especificidad de las distintas artes.

El *Traité des sensations* (1754) de Condillac ofrece a esta discusión una imagen famosa. Condillac plantea la

hipótesis, para describir la función de los sentidos en el desarrollo del conocimiento, de una estatua inerte, que simula la condición del hombre todavía carente de las vías de la sensación. Condillac imagina que a esta estatua se le van añadiendo uno tras otro cada uno de los sentidos, tomados por separado, y reconstruye los tipos de conocimiento que derivan de esta gradual integración sensorial. Después imagina que los sentidos se van asociando entre ellos, por parejas o en combinaciones más ricas, y que finalmente llegan a integrarse entre sí creando la capacidad cognoscitiva completa del hombre.

Con este experimento mental, Condillac demuestra que cada sentido permite a la estatua adquirir una nueva porción de conocimientos y activar nuevas capacidades. Si bien el sentido que “instruye a todos los demás” es, según él, el tacto, en su clasificación de las vías de formación del conocimiento el oído ocupa un puesto especial: es un sentido particularmente fino y, además, permite percibir una pluralidad de estímulos en un mismo momento:

En cuanto a los sonidos propiamente dichos, como el oído está organizado para sentir exactamente sus relaciones, los discierne en forma más sutil y amplia. Sus fibras parecen distribuirse la captación de las vibraciones de los cuerpos sonoros y el oído puede oír *claramente varios sonidos a la vez* [la cursiva es mía] (p. 111)⁸.

⁸ Cito por la edición en español del *Tratado de las sensaciones* realizada por R. Mondolfo y G. Weinberg, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963.

Condillac da un paso más. En algunas de sus obras desarrolla una singular concepción de las lenguas como “métodos analíticos”, es decir, como recurso que tiene el efecto de obligar al pensamiento, por naturaleza desordenado y a menudo caracterizado por imágenes *simultáneas*, a descomponerse en partes y a ordenarse en sucesión. Así pues, mientras la percepción visual parte siempre de una especie de *tableau*, de un “cuadro” en el que no se distingue el antes y el después, y en el que no se tiene una arquitectura temporal organizada, en las lenguas el antes y el después son fundamentales. La narración de historias es posible sólo porque las lenguas obligan a decir una cosa y después otras. Es el oído, puede decirse, el que impone a las lenguas esta propiedad. De esta forma, las lenguas obligan al pensamiento a articularse y descomponerse, haciéndolo así comunicable a los demás.

En la misma línea se encuentran las reflexiones de Johann G. Herder, en la transición entre Ilustración y Romanticismo. En *Über den Ursprung der Sprache (Sobre el origen del lenguaje, 1769)*⁹ Herder se pregunta cuál fue, en un principio, la función de cada uno de los sentidos, y si alguno de ellos contribuyó al nacimiento del lenguaje. El resultado, una vez más, es una jerarquía de sentidos ordenada según la aportación que cada uno de ellos da a la adquisición de conocimientos, y según el tipo de conocimientos al que da acceso, que sirve especialmente para definir cuál es el sentido que intervino en la formación del lenguaje.

⁹ Cito por la edición española de P. Rivas en Herder, *Obra selecta*, Madrid, Alfaguara, 1982.

En esta jerarquía, a diferencia de la posición predominante entre los griegos, no es la vista la que destaca, sino el oído, del que Herder dice que tiene carácter “mediador”, es decir, central en relación con el nacimiento del lenguaje.

Como el hombre sólo percibe el lenguaje de nuestra maestra naturaleza gracias al oído, sin el cual sería incapaz de inventarlo, *el oído resultó ser el mediador entre sus sentidos* [cursiva del autor], la genuina puerta del alma, el lazo de unión entre los otros sentidos (p. 177).

El oído es el sentido mediador también por otros motivos. Lo es porque “suministra *claridad y nitidez*, siendo, a su vez, sentido del lenguaje” (p. 177). Por el contrario, la vista es

por su parte, tan luminosa y brillante, nos proporciona tal cantidad de propiedades, que el alma sucumbe ante la variedad, llegando quizá a aislar una de ellas de forma tan débil, que resulta difícil reconocerla más tarde (p. 178).

Herder concluye que es inevitable que el lenguaje se deba al oído: “Fue completamente natural *que el oído se convirtiese en el primer maestro del lenguaje* [la cursiva es mía]”. Cada sentido tiene, por así decirlo, una especialización en lo que se refiere a su modo de elaborar las informaciones que recibe. En particular, el oído tiene la capacidad de tratar las percepciones *en sucesión*, que es aquello que específicamente lo distingue de la vista:

El oído es el sentido medio en relación con *el tiempo en el que actúa* y, consiguientemente, el sentido del lenguaje. [...] La vista nos lo presenta *todo de una vez* [la cursiva es mía], asustando así al aprendiz con el inabarcable tablero de cosas yuxtapuestas. Ved, en cambio, cómo nos cuida nuestra maestra naturaleza con el oído. Nos otorga un sentido después de otro, dándolos sin descanso, dando y teniendo siempre más que dar (pp. 178-179).

Herder vuelve sobre este tema treinta años después en la *Metakritik* (*Metacrítica*, 1799), un libro en el que ataca sin reservas la línea de la *Crítica de la razón pura* de Kant, reexaminando los fundamentos mismos de la percepción y su aportación a la formación del conocimiento. En este libro, dos párrafos están dedicados significativamente a *La vista y el espacio* y a *El oído y el tiempo*. En el primero, Herder mantiene que la vista nos “suministra las cosas *de manera yuxtapuesta* [la cursiva es mía]” (p. 395)¹⁰. Si

estuviésemos privados, con el sentido de la vista, de esta grandiosa contigüidad y concomitancia de lo creado, [...] y nuestra capacidad intelectual estuviese únicamente limitada a la sucesión de las cosas unas tras otras, seríamos entonces capaces de realizar el cálculo aritmético y musical, pero careceríamos de fantasía figurativa, siendo de este modo pensadores muy limitados.

Por el contrario,

Para el oído el sonido es lo que para el ojo es el rayo de luz: éste es la más exacta descripción de la línea, aquél la más precisa descripción del momento, de una sucesión de momentos que fluyen. Todo el dominio de la modulación, la medida de todo movimiento más o menos lento o rápido, regular o irregular, es competencia del oído: y entre ellas destaca ante todo la *sucesión más noble* [la cursiva es mía], la del lenguaje, que se refiere a nuestros pensamientos.

Por otro lado, como ya he apuntado antes, construir una jerarquía de los sentidos sirve para definir las respectivas posibilidades y los límites de cada arte. G. E. Lessing, en su *Laocoonte*¹¹ (1776), busca, por ejemplo, la especificidad y los límites de la pintura respecto a la poesía. Y encuentra el criterio distintivo precisamente en el hecho de que cada una de las dos artes se inspira en una distinta modalidad de sentido: la poesía, que utiliza los sonidos articulados en el tiempo, puede representar *eventos sucesivos*, mientras que la pintura, a través de *signos simultáneos* (es decir, que tienen que ser vistos todos a la vez, como en el *tableau* de Condillac), representa objetos que se manifiestan en el mismo momento¹².

¹¹ Cito por la edición española de E. Barjau, Madrid, Tecnos, 1990.

¹² La misma preocupación por diferenciar las potencialidades de las vías del sentido se encuentra en Diderot, que la analiza en la *Lettre sur les aveugles* (1749) y la retoma en la *Lettre sur les sourds et les muets* (1751), con una clara preferencia (probablemente inspirada por Condillac) por el tacto. En esta última obra, Diderot dice, por ejemplo: “Me di cuenta de que entre todos los sentidos el ojo era el más superficial, el oído el más orgulloso, el olfato el más voluptuoso, el gusto el más supersticioso y con más remilgos, el tacto el más profundo y filosófico” (*Oeuvres complètes*, vol. IV, París, Hermann & Cie., 1978, p. 140).

¹⁰ Cito por la edición española de P. Rivas en Herder, *Obras selectas*, op. cit.

De ello derivan importantes consideraciones sobre lo que las dos artes pueden hacer y, respectivamente, no hacer:

Los objetos *yuxtapuestos*, o las partes yuxtapuestas de ellos, son lo que nosotros llamamos cuerpos. En consecuencia, los cuerpos, y sus propiedades visibles, constituyen el objeto propio de la pintura. Los objetos sucesivos, o sus partes sucesivas, se llaman, en general, acciones. En consecuencia, las acciones son el objeto propio de la poesía (p. 106)¹³.

Esta discusión llega a algunas conclusiones:

- a) los sentidos tienen diferentes responsabilidades en la adquisición de conocimiento;
- b) entre ellos, dos son particularmente importantes, la vista y el oído; a cada uno de ellos está reservada en la historia una valoración que va alternando, pero se reconoce universalmente su profunda complementariedad y al mismo tiempo su radical oposición;
- c) ciertos recursos esenciales están ligados estrechamente a estos dos sentidos: en concreto, al oído el lenguaje (Herder) y la poesía (Lessing), a la vista la pintura.

¹³ Este tema no se agota con Lessing. Eugène Delacroix (cit. en Wunenburger, 1997), por ejemplo, subrayaba agudamente “la imposibilidad del boceto en la literatura, la imposibilidad de dibujar algo con el espíritu, y la fuerza, por el contrario, que la idea puede desatar con un bosquejo apenas esbozado [...]. En literatura la aproximación es intolerable [...]; en la pintura [...] una bella prueba, un boceto de gran efecto pueden igualar a las obras expresivamente más completas”.

4. DOS MODELOS FRENTE A FRENTE

4.1. *Dos modelos...* Como muestra esta sumaria lista de referencias, la filosofía europea ha trabajado durante mucho tiempo para definir las vías a través de las cuales se forma el conocimiento; y no es en absoluto una casualidad que este esfuerzo haya sido más intenso precisamente en las épocas (como los orígenes de la filosofía en Grecia y la Ilustración en Europa) en las que se tendía a construir una especie de *historia genealógica* del conocimiento.

De esta discusión hemos heredado una idea fuerte a la cual estamos todavía muy apegados aun sin ser filósofos o psicólogos, y que reaparece a menudo en el razonamiento moderno: existe un *orden de los sentidos*, según el cual la vista y el oído son las vías principales del conocimiento. Cada uno de ellos tiene sus deberes y sus límites, cada uno ha contribuido al nacimiento de una facultad de la mente, pero, en cuanto a riqueza de informaciones, el que prevalece es la vista. A pesar de los peligros que presentan, la mirada, el mirar, el observar, están en la base del conocimiento humano.

Sin embargo, si se reflexiona sobre esta jerarquía, llama la atención el que, en toda la historia de esta discusión, ninguno se haya dado cuenta de un fenómeno importante que cambió radicalmente las cartas sobre la mesa. En un cierto momento de la historia la jerarquía fue modificada por el *descubrimiento de la escritura* —quizá la primera revolución cognitiva de la historia—. En efecto, teniendo en cuenta los efectos de la escritura, la jerarquía de los sentidos se hizo más borrosa y compleja, pues se creó una modalidad sensorial nueva y distinta. Veamos por qué.

pondiente simultánea. Goody (1986 [1990]) ha mostrado, por ejemplo, que **debemos a la escritura el paso de las normas consuetudinarias a la ley**. Codificar una costumbre, explica Goody, significa en primer lugar ponerla por escrito, y después darle fuerza de ley. **Con otras palabras, la escritura fija y concede autoridad al derecho: en cierto sentido, lo crea y le confiere fuerza normativa**. En modelos similares, la escritura contribuye en general a modelar algunos aspectos de la organización social.

Así pues, **tras la escritura**, la gama de recursos disponibles para adquirir conocimiento evolucionado se puede describir así: **el hombre está equipado**

a) para la escucha lineal, en cuanto que puede escuchar sonidos dispuestos en sucesión. La escucha, si bien puede captar también (como ya apuntó Herder) varias fuentes simultáneas de sonido, es *en todo caso lineal*. Aunque no todo lo que escuchamos está ordenado en sucesión como los elementos de un texto (en sentido propio, como un discurso verbal, o en sentido figurado, como un fragmento musical), la escucha es lineal porque debe seguir el desarrollo de la señal sonora;

b) para la visión no-alfabética, en cuanto que puede ver objetos en general. Esta visión se caracteriza por no ser lineal (recuérdese la observación de Herder según la cual “la vista presenta todo ante nosotros *de un golpe*”), es decir, por no estar obligada a seguir una sucesión ordenada en su movimiento;

c) por último, para la visión alfabética, que permite ver esos objetos específicos que son las escrituras, descifrando su valor fonético (es decir, entendiendo cómo se pronuncian) y captando al mismo tiempo su significado.

Ahora bien, las escrituras son por norma el soporte de textos verbales, cuya propiedad fundamental es la de estar ordenados en aquella especial sucesión que los lingüistas llaman precisamente *linealidad*¹⁹. **En este sentido, la percepción sigue la misma naturaleza que los textos: así como el texto se desarrolla linealmente, también la visión que lo percibe ha de ser entrenada para trabajar en sentido lineal**.

El nacimiento de la visión alfabética constituyó un enriquecimiento fundamental del orden de los sentidos y aumentó con un instrumento formidable (la inteligencia secuencial) el equipo cognoscitivo del hombre moderno²⁰. Ciertamente, a diferencia de las otras formas de visión, ésta tiene que ser educada, entrenada, mantenida en forma, y sirve de base a distintas formas de actividad mental, que pueden llegar a ser muy complicadas. Una vez que el ojo ha descifrado la señal escrita, es necesario dar a esta última un valor fonético y extraer la red de significados del conjunto de la operación. Mas, ante la intrínseca dificultad de la vista alfabética, hay que tomar en consideración la enorme ventaja representada por la gama de informaciones a las cuales abre la puerta: la ma-

¹⁹ El término *linealidad* fue propuesto por Ferdinand de Saussure en su *Cours de linguistique générale* (1916).

²⁰ Es interesante recordar que Giacomo Leopardi, genial filósofo del lenguaje, atribuía precisamente al análisis la invención del alfabeto: “Esta invención [del alfabeto y de la escritura en general], para decirlo brevemente, pertenecía por completo al análisis; es de su naturaleza, enteramente obra y efecto suyos; requería esencialmente la resolución en los últimos y más simples elementos, las cosas que precisamente son las más difíciles para el intelecto humano, y las últimas operaciones que éste suele llegar a hacer” (*Zibaldone* 2950-2960; cito según la paginación de las fichas leopardianas y traducción de la clásica edición de G. Pacella, 3 vols., Milán, Garzanti, 1991).

yor parte de los conocimientos evolucionados del hombre proceden del acto de la lectura, es decir, de haberlos descifrado en un escrito mediante la visión alfabética²¹.

4.2. ... *y sus emblemas*. La oposición entre ojo y oído ha generado una ulterior oposición entre los productos típicos de uno y de otro, es decir, entre sus respectivos *emblemas*.

En la época de Lessing y Diderot, estos emblemas estaban constituidos —como ya hemos visto— por la pintura y la poesía. En la actualidad se han impuesto otros, más adecuados a los tiempos que corren y a las exigencias de la cultura globalizada de masas. Por ejemplo, la visión alfabética tiene como terreno privilegiado de aplicación la escritura, y en general los textos (pero no está nada claro que estos textos estén constituidos o representados por los libros); la visión no-alfabética encuentra su terreno en la televisión, en los objetos que ésta presenta y en la enorme variedad de estímulos visuales que caracterizan a nuestra época; el oído se ejercita en la gran variedad de las manifestaciones de la voz, del sonido y de todos los instrumentos que los transmiten, un fenómeno que en los últimos veinte años ha tenido un desarrollo explosivo y que todavía no ha sido completamente catalogado²².

²¹ Hay que distinguir con exactitud la visión alfabética de las otras modalidades sensoriales. En efecto, comparte ciertos caracteres con la visión no-alfabética y con la escucha, pero se parece más bien a esta última: como la visión no-alfabética está, obviamente, mediada por el ojo; pero como la escucha, añade a esta característica el hecho de ser lineal, es decir, de poder ser aplicada a objetos colocados en sucesión.

²² Si bien este tema necesita ser desarrollado, puede ser útil recordar que, en el momento en que escribo, mi ordenador dispone de un aparato que per-

5. UN CAMBIO EN LOS MODELOS DE INTELIGENCIA

El cambio de emblemas al que me he referido no es un episodio marginal. Es al mismo tiempo causa y efecto de un profundo cambio en el modo de adquirir conocimiento que se ha verificado en las últimas dos décadas del siglo XX; un paso inadvertido pero radical, que nos ha llevado de una modalidad sensorial a otra, de una forma de inteligencia a otra, y que en muchos aspectos recuerda a lo que sucedió en la época de la invención de la escritura.

Se trata de lo siguiente: a finales del siglo XX hemos pasado gradualmente de un estado en el que el conocimiento evolucionado se adquiría sobre todo *a través del libro y la escritura* (es decir, a través del ojo y la visión alfabética o, si se prefiere, a través de la inteligencia secuencial), a un estado en el que éste se adquiere también —y para algunos principalmente— *a través de la escucha* (es decir, el oído) o *la visión no-alfabética* (que es una modalidad específica del ojo), es decir, a través de la *inteligencia simultánea*. Hemos pasado, así pues, de una modalidad de conocimiento en la cual prevalecía la linealidad a otra en la que prevalece la simultaneidad de los estímulos y de la elaboración²³.

mite también reproducir el sonido de un CD musical o de otro tipo o un disco de vídeo. Otras innovaciones tecnológicas permiten, y lo harán cada vez más, incrementar las fuentes sensoriales de la experiencia.

²³ Como ya he mencionado en el texto, la escucha y la visión no-alfabética tienen en común el hecho de que permiten la percepción *de varias señales simultáneas*, a las cuales no imponen ningún orden específico: es decir, son vías de sentido que requieren *un bajo grado de gobierno*.

Desgraciadamente, este fenómeno no ofrece manifestaciones directas y clamorosas, sino que se deja observar solamente a través de indicios. Uno de ellos está constituido por la gradual detención, en todo el mundo, de la disminución del analfabetismo²⁴ y, correspondientemente, por el enorme aumento de la variedad de estímulos auditivos que transmiten mensajes y de la tipología de las imágenes visuales²⁵. La detención de la alfabetización es más desconcertante si se tiene en cuenta que se produce después de un avance que durante algunos años había parecido interminable. Esto hace pensar que la difusión del alfabeto (y, más en profundidad, la de los procedimientos de conocimiento que éste permite y activa) ha encontrado trabas imponentes y profundas²⁶, es

²⁴ Sobre este problema, cfr. Detti, 1998, que en el capítulo I ofrece útiles tablas estadísticas relativas a diferentes países del mundo. Subraya en especial que “ha habido y probablemente habrá en todo el mundo un aumento de las personas alfabetizadas, las cuales a pesar de todo en el año 2000 no superarán el 53 por ciento” (p. 8).

²⁵ Un interesante intento de ofrecer una tipología de las imágenes visuales se encuentra en Wunenburger, 1997.

²⁶ Algún ejemplo de esta situación: los Estados Unidos, a finales de los años noventa, cuentan con no menos del 20 por ciento de analfabetos totales, y denuncian una preocupante degradación de la calidad de la enseñanza; Italia declara por lo menos 3 por ciento de analfabetos totales, y una cantidad no precisada de personas que no son capaces de hacer un uso activo del alfabeto; en realidad sólo Japón, entre los países desarrollados, puede ser considerado con seguridad alfabetizado, a pesar de la enorme complejidad de su sistema gráfico. Este fenómeno va acompañado de algunas opiniones según las cuales, en efecto, una cierta tasa de analfabetismo, o de desalfabetización (es decir, de incapacidad de utilizar el alfabeto después de haberlo aprendido) está intrínsecamente unida al desarrollo, y es necesario acostumbrarse a convivir con el analfabetismo. Con esto se relacionan las valoraciones sobre el fracaso de los grandes sistemas educativos, que no son capaces de asegurar un nivel decoroso y productivo de enseñanza para todos. Todas estas posiciones están presentadas y discutidas, entre otros, en Bottani, 1986.

decir, que por algún motivo el “espíritu del tiempo” ha dejado de ser favorable a la difusión del alfabeto, de la visión alfabética y de las formas de inteligencia que ésta favorece²⁷.

En la base de todo esto se encuentra un fenómeno nuevo que podemos considerar de importancia histórica: la creación de un *nuevo orden de los sentidos*, gracias al cual, en la valoración y el comportamiento del hombre de finales del siglo XX, la vista y el oído han intercambiado una vez más su lugar, después de siglos de primado de la visión alfabética. En la actualidad ha vuelto a dominar la visión no-alfabética y se han realizado algunos análisis de este hecho²⁸. Este fenómeno es sustancialmente la inversión de un proceso que parecía ser de único sentido —el proceso que había llevado al hombre de la inteligencia simultánea a la secuencial—. **Estamos retornando al dominio del oído y de la visión no alfabética, y las jóvenes generaciones son una vanguardia de esta migración de retroceso.** Se creyó que el paso del dominio del oído al del ojo que siguió al nacimiento de la escritura había sido un progreso definitivo y ahora en cambio se nos presenta como una de las oscilaciones de un péndulo.

El cambio no es irrelevante. Hay que recordar que nuestras inteligencias han vivido por lo menos dos mil años en un panorama marcado por las tres vías de sentido que he ilustrado (escucha lineal, visión no-alfabé-

²⁷ He tratado en otra publicación (Simone, 1988 [1992]) el problema de la forma de la inteligencia que puede estar conectada con el alfabeto. Añado algo en el texto.

²⁸ Sartori, 1998, utiliza el concepto del primado de la visión para deducir conclusiones interesantes acerca del papel de la televisión en la formación del consenso político.

tica, visión alfabética). La única variación verdaderamente importante en este ámbito estuvo representada por el invento de la imprenta, que produjo diferentes transformaciones en la organización de los modos de pensar y de las mentalidades, y que como consecuencia dio lugar a una “explosión [...] del conocimiento” (Eisenstein, 1979).

Entre las innovaciones que la imprenta produjo en el conocimiento, Eisenstein menciona las siguientes²⁹: se modificaron los instrumentos de la memoria (por ejemplo, dejaron de ser necesarias rimas y cadencias para recordar fórmulas y recetas); se desarrolló el uso de las imágenes impresas con fines mnemotécnicos y explicativos, y, por tanto, se hizo posible la producción de tratados técnicos (en los cuales se podían usar números, diagramas y mapas) para la difusión de conocimientos prácticos; se propagó la tradición de la ordenación y clasificación de datos e informaciones, favoreciendo así el nacimiento de recursos prácticos modernos tales como ficheros, índices, índices analíticos, repertorios, etcétera.

Además, dado que la imprenta contribuyó a la “transición de un público de oyentes a un público de lectores”, estos últimos se acostumbraron a un contacto con los textos de naturaleza más atomista e individual que la que caracterizaba a los oyentes: se escucha en compañía, se lee en solitario. Por otra parte, la gente se hizo más sensible a los sucesos lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio, y la misma vida privada empezó a verse profundamente influida por la difusión de textos impresos. En

²⁹ En las consideraciones que siguen me remito al magnífico capítulo de Eisenstein, 1979, titulado “Características de la cultura de la imprenta”.

conclusión, no sólo se modificaron los cuadros del conocimiento, sino las relaciones sociales en general, especialmente en las comunidades de personas acostumbradas a estar juntas.

Todas éstas son transformaciones importantes y profundas, pero hay que decir que la revolución de la imprenta no dio al traste con la inteligencia alfabética, que resultaba indispensable para operar sobre los textos, es decir, sobre entidades de elementos colocados en línea. Si acaso la articuló y la hizo más refinada y completa; siguió contando con ella, es más, hizo de ella uno de los elementos claves de la inteligencia moderna.

Sin embargo, en las últimas dos décadas del siglo xx, sin que nadie se diese claramente cuenta, este estado de cosas ha empezado a modificarse de nuevo, dando lugar, por aproximación y rápidas derivas, a una nueva condición del conocimiento.

Será necesario buscar las razones de este cambio, pero no es una tarea fácil. Como se sabe, la pura y simple innovación tecnológica es capaz de activar efectos profundos en el sistema de formación y transmisión de la cultura. Los ejemplos de este tipo son numerosísimos en la historia. En nuestro caso tendríamos que pensar que la enorme cantidad de estímulos auditivos y la cultura de la escucha que ha generado han hecho perder importancia a la visión alfabética y a su soporte más típico: el texto. Es ya un hecho que el alfabeto, así como sus principales materializaciones físicas, el texto y el libro, han cesado gradualmente de ser el terreno privilegiado al cual se aplica la acción del ojo y han empezado a perder terreno.

Este retroceso incluso puede dar lugar a nuevas condiciones individuales: el ojo del hombre de fin de siglo

puede sentirse incapaz de leer, o más en general, de arrojárselas delante de un texto escrito. Un poderoso emblema de este estado de cosas está representado por un personaje marginal de *Si una noche de invierno un viajero* de Italo Calvino³⁰ (que está casi por completo dedicado al tema de la naturaleza y significado de la escritura y del destino del libro), Irnerio, el cual dice así:

—¿Yo? ¡Yo no leo libros! —dice Irnerio.

—¿Qué lees entonces?

—Nada. Me he acostumbrado tan bien a no leer que ni siquiera leo lo que cae ante mis ojos por casualidad. No es fácil: nos enseñan a leer desde pequeños y durante toda la vida seguimos esclavos de todos los chismes escritos que nos ponen delante de los ojos. Quizá hice cierto esfuerzo también yo, en los primeros tiempos, para aprender a no leer, pero ahora me sale muy natural. El secreto está en no negarse a mirar las palabras escritas; al contrario, hay que mirarlas intensamente *hasta que desaparecen* (p. 67).

Calvino alude en este fragmento, con una notable capacidad de previdencia (su libro es de 1979), a un proceso que es una especie de *revancha evolutiva*. El hombre renuncia a la conquista de la visión alfabética en el momento en que, con el desmedido crecimiento de la información mediada por el oído y por la visión no-alfabética, ha tenido la impresión de disponer de fuentes de conocimiento igualmente ricas. Quizá ha renunciado así a una conquista evolutiva que había sido estimu-

³⁰ Turín, Einaudi, 1979. Se cita por la traducción española de E. Benítez, Madrid, Siruela, 1996.

lada por la escritura, para dar un paso atrás. Es casi como si se dejase de lado la visión alfabética —un *medium* lleno de tensiones y “fatigas”— para volver a unos *media* más naturales, más primitivos, con menor grado de gobierno.

Quizá esto signifique que existe un jerarquía “natural” en el uso de las distintas vías de adquisición del conocimiento. El ejercicio de la visión alfabética no sólo es más avanzado, sino que también exige más esfuerzo y supone más cansancio respecto al del oído y al de la visión no-alfabética. (Volveré sobre este tema en el capítulo 4.)